

# SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN textos y documentos

Número 259

Valencia, 18 de Octubre de 1937

María Carbonell, 2

## Mussolini publica un "comunicado" que revela cuáles son sus intenciones

Se anunció ayer en Roma que el Gobierno italiano se proponía responder con un «comunicado» a las «campanas tendenciosas» de la Prensa extranjera, y más particularmente, exponer la importancia real de la intervención italiana en España.

El comunicado es ya público y constituye una diatriba, en la cual reacciona la PRENSA DE LAS GRANDES DEMOCRACIAS DE HABER ADOPTADO UNA ACTITUD ESENCIALMENTE DELETÉREA EN LA CAUSA DE LA PAZ (sic).

De explicaciones, nada. La «nota Stefani», que parece salida de la pluma del «duce», pretende tomar a broma la cifra de 110.000 hombres atribuida a las fuerzas italianas que combaten en España, y acusa a la Prensa inglesa y francesa de mentir villanamente. Nada más. Si alguien esperaba un rasgo moderado de Mussolini, estará ahora decepcionado. La nota es tan provocadora como los recientes comentarios de los periódicos fascistas.

Si la agresión italiana a España no tiene la amplitud que por tantos motivos se le ha atribuido, fácil le hubiese sido a Mussolini decirlo y aceptar la discusión que rechaza. Es mucho más significativo observar que el comunicado es tan mudo como la respuesta diplomática dada a Londres y a París sobre el compromiso de no enviar más «voluntarios» a España. Además, a pesar de las indicaciones hechas, no hace la menor alusión a los envíos de tropas a Libia, cuyo carácter insólito subraya la Prensa inglesa de todas las tendencias.

El Gobierno fascista ha tenido tan poco cuidado de mostrarse conciliador, cuanto que su nota termina con un desafío:

«Por lo que se refiere a la famosa amenaza de abrir la frontera de los Pirineos, ello no inquieta particularmente a Italia, la cual examinará con absoluta sangre fría la nueva situación que se produzca.»

Ni Francia ni la Gran Bretaña pueden ya dudar de la actitud de Italia, que es la de no ceder en nada y ganar tiempo para proseguir su agresión. Es completamente inútil confiar en que renuncie a la aventura, o en que se vaya a obtener de ella, de buen grado, el abandono de su pretensión de dominio sobre una España convertida al fascismo y sobre el Mediterráneo.

¿Qué se decidirá en París y en Londres, en donde no puede ignorarse la significación de la empresa italiana y alemana en España, así como tampoco los fines estratégicos, políticos y económicos perseguidos por ambas potencias fascistas?

Una acción conjugada y presionante, que no puede diferirse más. Cuando la Gran Bretaña y Francia decidieron plantear a Italia la cuestión de los voluntarios se obligaron por este hecho a obtener una respuesta. Pues bien, ya la tienen y muy clara; es una negativa. La conclusión no la puede ser más que una: comprobar el fin de la política llamada de no intervención y devolver a la España republicana la probabilidad de defenderse contra la guerra civil y la guerra extranjera. La reapertura de la frontera francesa debe ser el acuse de recibo de aquella respuesta.

M. HARMEL

(«Le Peuple», 12-X-937.)

## EL BALANCE DE GINEBRA

(De nuestro corresponsal en la S. de N.)

Más de un mes, día tras día, hemos estado atentos a los trabajos de la Sociedad de Naciones, en la cual se discutieron peligrosos problemas. Hemos publicado estos coloquios, que unas veces eran un tertulnudeo, y otras, un cuchicheo de 57 Estados pertenecientes a esa Sociedad en la que 25 jefes de Gobierno y ministros de Negocios extranjeros desempeñan el papel más importante. Al reseñar los debates, hemos expresado la esperanza o la desilusión que nos causaba la resolución tomada sobre algunos problemas.

La fantástica concentración temporal de la política del mundo ha pasado. La vida internacional ha vuelto a dividirse en exclusivas aspiraciones nacionales. Y en la solitaria «capital de las naciones» queda por contestar la pregunta, temida por muchos, que surge al final de cada sesión ginebrina: ¿Qué ha pasado? En aquellos tiempos felices en que nuestra preocupación estribaba en el problema de liquidar las consecuencias de la pasada guerra, podríamos recibir con tranquilidad el

balance de las actividades de la S. de N. Pero hoy, que todo, nuestro pensamiento está puesto en la cada vez más próxima guerra, sólo cuentan los actos. Vivimos en una época, en la que, según las doctrinas de «Mein Kampf» no se pueden resolver los problemas del destino por medio de conferencias y acuerdos, sino que hay que dirimir las cuestiones por medio de las armas; y mientras en Ginebra discutan, tronaban los cañones y las bombas, con que los generales de los Estados autoritarios quieren constituir un mundo como ellos lo han soñado. El valor de las conferencias ginebrinas depende exclusivamente de que las palabras contengan hechos que puedan afrontar o neutralizar estos actos de violencia.

Contemplando el pasado, por mucho que se censure la obra de Ginebra, nadie puede, en verdad, negar que aquellas conferencias fueron de alguna utilidad. Es cierto que no hemos podido admirar, a ningún orador eminente o estadista de gran altura; que no ha surgido ningún Mesías; pero hemos de re-

cordar que en las conferencias del Mediterráneo se expresó la primera enérgica tentativa de responder con las armas a las armas. «Si disparáis —este es el sentido de lo tratado— dispararemos nosotros también. En la votación sobre la cuestión española, que hubo de anularse por el voto en contra de Alemania y Portugal, se le asestó a la mentira de la «no intervención», el primer golpe que quizás baste para aniquilarla. De acuerdo con la resolución respecto a China, se ha formado, en Ginebra, bajo la dirección de las grandes potencias occidentales y con el concurso de la gran República americana, un Comité de ayuda a la nación agredida que hará todo lo posible por restablecer una paz igual y no la que trate de imponer violentamente el Japón a China. En todos estos debates, fué condenado el inhumano bombardeo aéreo así como el saqueo. Se oyeron las palabras «Cultura», «Humanidad», «Conciencia», que antes cuando estaban en labios de todo el mundo eran vocablos huecos, pero que hoy, ante el éscar-

no que hacen de ellas las naciones gigantescas armadas, recobran su gran significado, su alto sentido, y constituyen todo un programa de política práctica. No lo olvidemos: todas estas determinaciones se tomaron en un momento en que los aliados de la violencia creían imperar, con su Congreso de Nuremberg y con la reunión de los dictadores. Esas demostraciones no causaron efecto en Ginebra. Y, no lo olvidemos tampoco, mientras las naciones europeas prolongaban su reunión —quizás por intencionada espera— pronunció Roosevelt su gran discurso. El gran arco iris se extendió a través del Océano.

En esta ocasión, hemos observado claramente las verdaderas tendencias de cada uno de los gobiernos. Los ingleses no quieren utilizar el instrumento ginebrino hasta que se crean suficientemente fuertes. Los franceses van, a sabiendas, hacia una consolidación de la seguridad colectiva. Los rusos, que han considerado largo tiempo la política de la S. de N. como algo superficial, pero conveniente para su alianza con Francia, ahora se han adherido fuertemente a ella para ocupar la adecuada posición en el trabajo con las potencias occidentales, y seguramente también con América. Los países de la pequeña Entente los de Centroeuropa y los Estados del Norte, que se han preguntado si no peligraría su seguridad por la S. de N. y no por la aparente aproximación de Roma y Berlín, se dieron cuenta exacta de que seguía estando en Ginebra, sólo en Ginebra, la defensa de la verdadera política. Polonia, siempre interesada en la obstrucción, reaccionó esta vez, aislándose. La oposición a la resolución sobre España quedó reducida a dos Estados. La campaña universal que promovieron Italia y Alemania, por medio de sus amigos, no para volver a Ginebra, sino para desacreditarla, fué despreciada.

Todo constituyó una política central, septentrional y balcánica que se desarrolló en Ginebra, en interés también de los Estados aislados y en beneficio de la S. de N. Pero puede preguntarse: ¿es ésta la S. de N.? Sí: ¿Qué es la S. de N.? Después de la guerra mundial, era una Agencia de Seguros, favorable sólo a los vencedores. Después de Locarno, un intento de pacíficas

explicaciones entre los vencedores y los vencidos en la guerra mundial.

Cada Estado la utilizaba, la desechaba, según los casos. Pero, según Barthou, que fué quien llevó a Rusia a Ginebra, la S. de N. debía ser una reunión de fuerzas europeas contra el peligro nacionalsocialista.

Barthou, fué asesinado. Predominó entonces en Ginebra una Inglaterra débil, que no pudo hacer nada contra Italia en el caso de Abisinia; pero siguió existiendo el organismo. Si hubiera desaparecido, habrían ganado el III Reich e Italia lo más importante para su política mundial: la destrucción de la seguridad colectiva.

Con la intervención italo-germana en España el sueño de los países totalitarios estuvo a punto de convertirse en realidad. Ginebra no daba señales de vida; pero el avance japonés en China, que ha cogido a Inglaterra ya bien armada, ha marcado un cambio de rumbo.

La S. de N., cuya desaparición parecía cercana, revivió nuevamente. Su existencia, como dijo el presidente de la Asamblea, es lo más importante.

Cuando América se acerca también como democracia, a la S. de N. puede ésta poco a poco volver a ser el punto de reunión de la democracia para evitar la victoria de los agresores, la victoria de las dictaduras. Con este programa comienza el nuevo año de la S. de N. ...

(National Zeitung.- Basilea. — 7-X-937.)

**Mañana:  
El conflicto  
de España  
Sus  
repercusiones  
internacionales**  
(Continuación)

**La nota  
'Stefani', que  
parece salida  
de la pluma del Duce,  
pretende tomar a broma  
la cifra de 110.000  
hombres atribuida a  
las fuerzas italianas  
que combaten en España  
y acusa a la  
prensa inglesa y francesa de  
mentir villanamente**

**¡Nada más! Si alguien esperaba un rasgo moderado de Mussolini, estará ahora decepcionado. La nota es tan provocadora como los recientes comentarios de los periódicos fascistas.**

**(Del artículo de M. Harmel, titulado "Mussolini publica un comunicado que revela cuáles son sus intenciones".)**



# El poeta García Lorca

(Apunte biográfico)

Para satisfacer el interés de muchos de nuestros lectores, muchos de nuestros correspondientes que nos piden datos acerca de la vida del que fué gran poeta, Federico García Lorca, asesinado por los fascistas, hemos solicitado de su compañero Manuel Altolaguirre, el trabajo biográfico que publicamos a continuación:

Federico García Lorca nació el año 1899, en la aldea de Argüeso (provincia de Granada), a corta distancia de Fuente-Vaqueros, pueblo donde transcurrió gran parte de su infancia. Su madre, doña Vicenta Lorca, era maestra nacional, señora de gran inteligencia y cultura. Su padre, don Federico García, era labrador acomodado, en estrecho contacto con la tierra y sus campesinos: un buen andaluz rico de tradiciones populares.

Así como Rafael Alberti, antes de manifestarse como poeta, fue pintor, Federico García Lorca, en su adolescencia, sintió preferente inclinación por la música, estudiando composición y armonía con el maestro don Manuel de Falla, que descubrió en su joven discípulo una gran facultad creadora. La música popular, en cuya interpretación tan principal elemento es el canto, enriqueció con su caudal lírico la prodigiosa memoria y la gran fantasía del poeta, que glosó algunas letrillas y compuso canciones originales como primeras tentativas poéticas. Más tarde organizó un teatro de guión, congregando a los chicos del pueblo para representar las pequeñas farsas que él mismo inventaba. Durante los veranos, acudía la familia de García Lorca a Málaga, ciudad especialmente querida por el poeta, siendo su costa la que le dio inspiración para sus primeras canciones marineras.

En la Universidad de Granada cursó la Licenciatura de Derecho y la de Filosofía y Letras con gran facilidad, encontrando mejores recursos para aprobar los exámenes en sus condiciones intuitivas que en la constancia de sus estudios. Luego pasó a Madrid a la Residencia de Estudiantes, donde encontró un extraordinario ambiente. Su primer libro: «Impresiones y Paisajes», es el relato de un viaje organizado por la Institución Libre de Enseñanza.

En Madrid supo conquistarse las simpatías y admiración de los más distintos ambientes literarios; pero donde mejor se encontraba su poesía era con el grupo de Juan Ramón Jiménez, maestro de toda la juventud lírica, a la que animaba con múltiples publicaciones: «Índice», «Sís», «Ley», etc. Por este tiempo publicó su primer «Libro de Poemas», que obtuvo un gran éxito, no así el estreno de su primera comedia «El maleficio de la mariposa», estrenada en el teatro Esclava por la compañía Martínez Sierra, siendo la primera actriz Catalina Bárcena. El público impidió que terminase la representación, que, pese al juicio adverso del desdichado auditorio, denunciaba ya al gran autor dramático que más tarde renovaría nuestro teatro. El fracaso de su primera obra no logró desanimarle; antes al contrario, le llevó a escribir su preciosa estampa romántica «Mariana Pineda», que ahora reaparece con éxito en nuestros escenarios y que fué estrenada en el teatro Fontalba por la compañía de Margarita Xirgu en plena dictadura de Primo de Rivera, adquiriendo la representación, aparte de su gran interés literario, carácter de acontecimiento político, pues al teatro acudieron todos los amantes de la libertad para honrar la memoria de la heroína de Granada.

En «Litoral», revista malagueña, aparecieron los primeros romances gitanos, que en 1927 publicó en volumen la editorial de la «Revista de Occidente». El «Romancero Gitano» es el libro que le ha dado mayor popularidad. Al poco tiempo de

publicarlo, realizó su viaje a Norte América, en compañía de su maestro y amigo don Fernando de los Ríos, conviviendo en la Universidad de Columbia con los estudiantes americanos. En esta época escribió sus poemas sobre Nueva York, profundamente dramáticos, desesperados, pero de una ternura lírica que los relaciona con su anterior poesía, en cuya línea se encuentra este libro que sigue el acento de sus composiciones «Oda a Salvador Dalí» y «Oda al Santísimo Sacramento». (Salvador Dalí, el pintor surrealista vivió con García Lorca en la Residencia de Estudiantes, y ambos se intercambiaron mutuas influencias. Este pintor hizo los decorados para el estreno de «Mariana Pineda».)

De Nueva York pasó a Cuba, en donde transcurrieron los más felices días de su vida, según confesión propia, recorriendo la hermosa isla y enriqueciendo su obra lírica con temas afrocubanos, que tanta relación mantienen con ciertos motivos andaluces. De regreso a España, estrena con clamoroso éxito su «Bodas de Sangre», y más tarde «Yerma», aplaudidísima también. Su mayor gloria la conquistó en su viaje a la Argentina, en donde recibió, entre otros muchos homenajes, el de todas las Repúblicas americanas que en un acto público, le aclamaron como embajador de las letras españolas. Todos los diarios publicaban continuamente comentarios sobre su personalidad.

Olvidaba citar como actividades del poeta en España, la dirección del Teatro Universitario «La Barraca», que alcanzó un merecido prestigio. En compañía de otro excelente escritor, Eduardo Ugarte, organizó maravillosas representaciones de nuestros clásicos, principalmente de Lope, Calderón y Cervantes, recorriendo con su tinglado, sirviéndole estas experiencias para su conocimiento de las distintas regiones. En una de estas excursiones a Galicia, escribió en gallego una serie de poemas que han sido recogidos en volumen. También fué director artístico del grupo teatral «Anfistora» y armonizó para La Argentinista canciones populares hace tiempo olvidadas, y que gracias a Federico son de nuevo del dominio público.

Si como poeta consiguió el más alto lugar, como hombre su corazón generoso y dulcísimo le conquistó innumerables amigos. Ningún poeta español fué tan querido en vida ni tan llorado por su muerte. Existen varios relatos del crimen. Algún día se conocerá toda la verdad. En Granada, en su Granada, fué asesinado por su amor al pueblo. Me decía hace tiempo: «Yo no soy político, no pertenezco a ningún partido; pero amo al pueblo, y sobre todo a la parte del pueblo que sufre.» Alguna vez me dijo en broma: «Soy católico estético», y sonreía soñando en la liturgia de las catedrales en el día del Corpus, en el canto llano de los canónigos. Era profundamente religioso, sin embargo.

MANUEL ALTOLAGUIRRE

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

**Las informaciones que publica este BOLETIN responden siempre a la veracidad más estricta**

# ¡Por la libertad de conciencia, por la independencia de Francia contra el fascismo!

## Un católico ha visto claro

Según la consigna hitleriana, y a igual que los nazis y el Japón, Franco pretende llevar a cabo solamente una lucha «contra el comunismo».

Pero también por un refinamiento de duplicidad del jefe de las tropas moras y del jefe-vasallo de Hitler, el perseguidor de cristianos, proclama que hace la cruzada del catolicismo. Espera así atraerse las simpatías del mundo católico, al que haría creer que hay que asociar «el porvenir de la Iglesia católica», a su rebelión «caballeresca», que conseguiría con ello «una incomparable grandeza».

Ahora bien, alguien, un católico se levanta en Francia y se llama a engaño contra esa falacia capciosa de Franco.

«La maniobra moral que se ha sobrepuesto a la otra», escribe M. Louis Gillet, de la Academia Francesa, «no estaba hecha más que para engañar a la MANIOBRA ESTRATEGICA».

Imaginó esto M. Louis Gillet, cuando las olimpiadas de Berlín, que, en el verano 1936, coincidieron con la sedición franquista, y en las que vivió «una diversión, una mamapara».

Ya hemos hecho conocer a nuestros lectores, el juicio muy perspicaz de M. Louis Gillet a este respecto, cuando apareció su reciente libro «Rayons et ombres d'Allemagne».

«Es evidente —dice su prefacio—, que el asunto español fué una máquina cuidadosamente montada en el transcurso del invierno (1935-36)... En fin, era asegurar las rutas que controlan el Mediterráneo».

Y, escribiendo esto en 1937, puede añadir «que no habiase equivocado» cuando en su libro, redactado en 1936, había puesto en guardia contra «las ideologías» románticas y fastuosas (del nazismo), LOS LLAMAMIENTOS DE CRUZADA, las palabras altisonantes de orden o de desorden: fascismo o comunismo, porque denunciaba allí «una ilusión de óptica, una cortina de humo que sirve para enredar el terreno y para enmascarar las verdaderas posiciones en el campo de batalla».

Había visto claramente que la Francia democrática buscaba en su acercamiento a la Unión Soviética una garantía para su seguridad amenazada, y que Alemania quería «tomar» a Francia de flanco en los Pirineos y a Rusia por el Japón.

Había visto con claridad que si «Hitler mira a Rusia con codicia», el mismo Hitler piensa «que es preciso arreglar primeramente su cuenta con Francia» y que «la operación completa debe ejecutarse en dos tiempos y empezar por nosotros» (página 271-272).

Es el plan del «Mein Kampf», tal como Maurice Thorez lo ha revelado al pueblo de Francia.

M. Louis Gillet ha leído y comprendido también, el Mein Kampf. Ha tenido, además, el mérito de examinar el desarrollo de los hechos con relación al temible plan. Y hay que rendirle, además, este homenaje de que, católico, ha sabido desgarrar el velo de la «cruzada cristiana», con el que Franco trata de enmascarar su operación hitleriana de cerco a nuestro país.

Debemos, honradamente, precisar que M. Louis Gillet, escritor, está muy lejos de tener simpatías por nuestras opiniones. Diría, sin rodeos, que nos desconoce. En cuanto a la Unión Soviética, la considera como un zarismo con gorra. Que nos dejen pensar que si llegara a conocerla con la objetividad que testimonia su libro, se encontraría ante evidencias bien distintas. Pero el asunto no es esto...

A su testimonio le llamaremos: el testimonio de un francés.

Y también: el testimonio de un católico.

M. Louis Gillet, no es en absoluto un creyente de alma inquieta, un católico un poco «al margen». No. Aparece sencillamente como convencido de su fe, sin raciocinios, tal como está sentado en su sociedad, en la que no faltan prejuicios con respecto a lo «popular». Pero dignatario nazi, quiere emprenderla con «el peligro bolchevique», y contesta: ¡Dios mío! ¡Conozco ya este aviso amistoso! No es la primera vez que lo oigo. Pero sucede que yo tengo mis ideas sobre los desórdenes de España. Me figuro de dónde viene el golpe y quién ha maquinado esta pequeña emboscada».

Y si la excelencia hitleriana continúa advirtiéndole que la Alemania obscura «no tolerará una Francia turbulenta, una Francia jacobina», nuestro compatriota católico responde:

«Somos bastante grandes para arreglar solos nuestros asuntos... No tenemos necesidad de nadie para encontrar una solución a la francesca a nuestros pequeños apuros. Basta que se quieran mezclar en ellos para despertar en mis venas mi vieja sangre del «faubourg Antoine» y hacerme enarbolar el pompon de las «Trois-Glorieuses».

Es este el lenguaje y son éstos los sentimientos que han hecho a los hitlerianos de París expulsar a M. Louis Gillet.

Se sabe que este libro publicado en 1937 está hecho sobre una encuesta

—que ha prestado tantos servicios al país— realizada en 1936 para «Gringoire» y que el diario Chiappe-Tardieu se negó a publicar.

«Sería, pues, exacto ese rumor que circula de que, después de la muerte de Salengro, su sucesor sería la prueba del acuerdo de esta hoja infame con los servicios de propaganda de Goebbels?»

Como ciudadano, M. Louis Gillet ha visto el peligro. Como católico ha visto la mentira que, para un ciudadano debe ser sacrilega.

Publica esas caricaturas nazis que las religiosas son comparadas a prostitutas, refranes nazis dicen: «Señores Judas: vosotros estafáis el dinero para ese gloriol del Papa. ¡Pero se os va a escapar a vivir! ¡El hijo de una madre arca se burla de las cucarachas y de los ratones!» «Relata el encalamiento del obispo de Osnabrück, la orgullosa actitud del cardenal Faulhaber, arzobispo de Múnich al que se quería arrastrar a prisión. Se estremece —como nosotros— ante las bromas infligidas a los muchachos y muchachas católicos».

Y sabiendo que el hitlerismo persigue su religión, sabiendo que la guerra de España es fomentada contra Francia por el mismo hitlerismo, este católico francés se vanta, en su conciencia dos veces despierta, para lanzar el mentido «cruzado» Franco.

Noble ejemplo.  
P. L. DARNAY  
(«L'Humanité», París, 11-X-937)

# ITALIA DISPUESTA A DAR EL GOLPE

## La parte más elocuente de la respuesta italiana

MOSCU. — La deducción que saca el diario «Izvestia» de la respuesta de Italia a la Nota anglofrancesa, es que este país y el Japón están en visperas de asestar un golpe al poderío británico en Oriente y en Occidente.

El citado periódico escribe: «Con la negativa de Italia a tabular negociaciones sobre la retirada de los «voluntarios» no termina la cuestión. La parte más elocuente de la respuesta italiana es el envío a España de más tropas y municiones, los nuevos actos de piratería y su preparación para nuevas provocaciones que han sido denunciadas por la Embajada española en Londres».

Roma ha llegado a la conclusión de que el agudizamiento de la situación en China y Palestina crea una situación favorable para ampliar las aspiraciones italianas.

No sólo no intenta Mussolini renunciar a la ocupación de Baleares, sino que pone sobre el tapete la cuestión de la liquidación completa de la posición británica como potencia mediterránea.

Italia tiene gran esperanza en la agresión paralela del Japón. El fascismo italiano espera que ante el ataque del Japón, Gran Bretaña se verá obligada a concentrar toda su flota en aguas chinas y de esta manera dejar el Mediterráneo a merced del fascismo italiano.

Fácil es comprender la ayuda de Roma a sus colegas de Tokio.

Cuando Auritti, representante del fascismo italiano en Tokio, declara solemnemente: Italia está siempre dispuesta a ayudar a Japón, esta actitud está unida deliberadamente a la respuesta a la Nota anglofrancesa y a las negociaciones relativas a la Conferencia de los Nueve.

La actitud de Auritti tiene por objeto demostrar que los intereses japoneses estarán defendidos en esta Conferencia, aunque el Japón no desee participar en ella.

Existe una relación organizada entre los acontecimientos de China y España. Italia especula con las dificultades de Inglaterra en el Extremo Oriente y el Japón confía en la actividad de Roma en el Mediterráneo, en África y en el Próximo Oriente para apartar de su propia política la atención de las demás potencias.

Todo ladrón ayuda a otro. Pero la fuerza de los Estados pacifistas excede considerablemente a la de los agresores.

Si los partidarios de la paz demuestran ahora la decisión necesaria, los instigadores de la guerra no tendrán más remedio que retirarse.

Una posición enérgica en la cuestión española sería un golpe no sólo contra los agresores italianos, sino también contra los japoneses y favorecería los intereses de la paz en todos los países.  
(«Daily Worker», 12-X-937.)



# Aún es tiempo de secundar a la República Española

La sorpresa, naípe fundamental en el juego político del fascismo, es ya para éste una pieza inservible. La trama del juego ha sido comprendida y, por tanto, su truco máximo ha quedado inválido. Gastado por el uso, el resorte de la sorpresa ya no funciona, y el fascio no coge a nadie de improviso. El disenso entre la palabra y los hechos —mecánica rígida e invariable de la política totalitaria— se ha repetido excesivamente para que el menos avisado no haya aprendido a percibir, por debajo de la máscara heroica y gallarda con que el fascismo se atavía, las debilidades que le aquejan y las metas que se propone.

Si hacemos caso omiso de las demasías de gesto y de palabra a que se entregan los dictadores, no nos será difícil descubrir en ellos un sentimiento de inferioridad que, mediante tales excesos, trata, a un tiempo, de fortalecerse y de pasar inadvertido. El fascismo siente que puede ser aplastado y, para evitarlo, finge atronar con la voz, se yergue y se hincha. Pero se hincha de miedo. «El hombre es, antes que nada, terror cósmico», ha dicho Spengler y lo ha dicho, sin duda, después de una detenida introspección de su ser fascista, pues el fascio es, en su raíz, pavor, y por eso el fascista usa a toda hora la gesticulación excesiva del amedrentado. El fascismo ha menester de expansión y la busca —oímos a cada minuto—. Pero al expandirse, no muestra el ritmo del caminante, sino el anhelo del que huye. Porque eso es el fascismo: una huida sin fin de sí mismo y del largo bostezo famélico que amenaza consumirlo. Cada soldado que parte para España o Abisinia, es un hombre que huye del hambre metropolitana.

Esta desmoralización de la masa permite a los dictadores la recluta de desesperados que sirven de instrumento a sus planes. Pero ¿puede hacérsenos creer que pueblos que se encuentran en semejante situación económica serían capaces de afrontar, en la hora actual, las consecuencias de una guerra directa y auténtica? ¿Es que si el fascio se sintiera bastante fuerte para hacer esa guerra no la habría ya desencadenado?

El propio fascismo nos da la respuesta al entregarse a acciones parciales y preparatorias de la contienda general. La actualidad de esas acciones demuestra que el fascio no se encuentra aún maduro para la gran ofensiva. A los presuntos agredidos de mañana toca decidir si es oportuno esperar a que lo esté.

Todo el equilibrio europeo se polariza en Suez y Gibraltar. Quien tenga en su mano cualquiera de estas dos puertas, decide una entrada y una salida al recinto mediterráneo. El fascio ha comprendido esto y pretende instalarse —mejor dicho, ya

se ha instalado— en torno a Gibraltar y Suez. Su presencia en Abisinia, entre el Sudán y el mar Rojo, puede influir sobre la ruta de Oriente, no menos que su presencia en Andalucía y el Marruecos español. Esta última posición es, además, bastante por sí sola para separar la escuadra francesa del Atlántico de la del Mediterráneo. Con un punto de apoyo en Baleares, y el País Vasco francés amenazado, el cuadro está teóricamente completo y lo estaría en la práctica si los españoles no fueran hombres que, en vez de gesticular, combaten.

Sin poder económico actual para emprender la gran guerra decisiva, el fascismo la prepara y, dando salida a su excedente de población, busca, en estas guerras menores, enriquecimiento material —posiciones económicas—, al mismo tiempo que territorial —posiciones estratégicas—. Se apodera de materias primas que no sólo le reportan la ventaja positiva de su utilización, sino la negativa de hurtarlas a las potencias que, con anterioridad y mediante lícito comercio, beneficiaban de ellas y afianza —o al menos lo pretende— en territorios que pueden constituir puntos de partida inmejorables para la agresión decisiva.

La consumación de este plan que los fascistas se han trazado les permitiría hacer ventajosamente una guerra que en las condiciones actuales no podrían resistir. El terror que hoy esconden bajo su histrionismo, es posible que, entonces, se serenase. Cuando su pavor radical hubiera desaparecido, en lugar de huir de su sombra perseguirían a los demás abiertamente. Pero todavía tiemblan y aún es tiempo...

Benito Mussolini —Napoleón sin código ni genio— y Adolfo Hitler —Atila sin caballo y peatón de la barbarie—, azuzan a la loba romana y a los aborígenes de la selva parda contra el Occidente, que —¡todavía!— vacila. El fascismo ulula en el bosque germánico y en el Apenino y se instituye fantasma de encrucijada en el Mediterráneo, pese a todos los acuerdos y conferencias.

Incitadas por la palabra de Roosevelt, las democracias europeas han iniciado un leve ademán que anuncia, acaso, el abandono de la indiferencia suicida que, hasta aquí, mantuvieron. Pero todavía les falta mucho —a ellas, las primeras interesadas—, para estar a la altura del combatiente español, único que afronta —y supera— la agresión y da al hombre de la camisa de luto la réplica adecuada.

CARLOS FERNANDEZ VALDEMORO

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

## FRENTE INTERNACIONAL

# La inútil huída

Las dictaduras tienen sobre la democracia la ventaja decisiva, para las acciones rápidas, de su absoluta libertad de movimientos. Un Gobierno autoritario toma sus resoluciones sin tener en cuenta para nada la voluntad de los gobernados, sometidos a un régimen ominoso de fuerza, que hace a los ciudadanos esclavos, negándoles el derecho, consubstancial de la dignidad humana, a intervenir en la dirección de sus destinos. La democracia es, por el contrario, expresión de la voluntad del pueblo, concretada en sus leyes y en su forma de Gobierno. Pero por esto mismo un Gobierno democrático se mueve entre las limitaciones y ataduras de su responsabilidad, sin poder dar un paso para el cual no se crea autorizado por la Constitución o que ofrezca dudas sobre la asistencia popular en un momento dado.

Estas condiciones fundamentales de la democracia determinan titubeos y una lentitud de acción, por parte del Poder público, que se acentúan extraordinariamente en las circunstancias graves, como son las que entrañan un peligro de guerra. La guerra es generalmente impopular, de modo especial en aquellos

países cuyo régimen democrático ya implica sentimientos pacíficos.

Hacemos esta observación a propósito de la conducta seguida por los Gobiernos de Londres y París, ante la invasión extranjera de España, por que no se nos escapan las dificultades extraordinarias que les obligan a ser tan cautos ante las audacias fascistas. Contestar a las mismas como merecen significa probablemente la guerra, una nueva guerra grande, más horrible aún que la anterior. Y todo pueblo, que instintivamente odia la guerra, agradecerá siempre a su Gobierno que evite, o retarde al menos, un cataclismo como el que amenaza por segunda vez, en nuestro tiempo, al mundo civilizado.

Ahora bien: estas consideraciones no cambian la naturaleza de los hechos. El recrudecimiento militarista, que ha precipitado a Europa en el caos y que ha hecho la conflagración inevitable, lo han traído los Estados totalitarios, lanzados sin miramiento de ninguna clase a una política de agresión desvergonzada, en el mismo momento en que las democracias aunaban sus esfuerzos para consolidar la seguridad colectiva, como base la más firme de la paz.

Las agresiones a pueblos pacíficos se han sucedido a medida que los Gobiernos democráticos, asustados ante el desenfreno del banditaje internacional, retrocedían, esquivando peligrosos rozamientos que fatalmente han de llegar. Y si alguna vez han opuesto alguna resistencia a las audacias fascistas, ha sido para ceder en seguida que han visto a los agresores decididos a desafiarse toda oposición encontrada a su paso, dándose al mundo la sensación de que los dictadores eran los más fuertes. Por fortuna, no es así; pero de hecho, a causa de la política incierta y medrosa de las democracias, quienes disponen de los destinos de Europa son Hitler y Mussolini.

Este último acaba de salir nuevamente victorioso de la presión que habían intentado ejercer sobre él, en un acto de energía mal calculado. Inglaterra y Francia. No diremos que no subsista el propósito, por parte de estas potencias de liquidar a su favor un asunto en el que están comprometidos el equilibrio del Mediterráneo y la seguridad de la frontera francesa de los Pirineos. Pero la conciencia liberal del mundo queda bajo el peso de una impresión decepcionante, de la que tardará en repo-

## Una biografía en tres capítulos

# Doña María

El parto de los montes...

y III

¿A qué ha ido a América Doña María? Con su cabellera al viento de la mar, su boina colombiana y su ademán autoritario, Doña María ha pisado la tierra del otro Continente. A diferencia de don Cristóbal, no en plan de aventuras y de conquista... Aunque quizá, el optimismo de su suficiencia le susurre pérfidamente la posibilidad de inverosímiles conquistas y aventuras. Tampoco es de suponer que la haya inducido al viaje una extemporánea ambición de índole genética o repobladora.

Sea como fuere, Doña María —Colón de agua dulce erguido sobre las tres jicaras del te de las cinco— ha levantado su brazo, lo ha extendido, ha señalado algo con su dedo índice. Este algo afligido es Eugenio Montes, jefe de la misión «nacionalista» en la Argentina. Don Eugenio ni platica en balde ni de balde. Y eso que su apostolado le hace otra vez fecundo. La doble simiente que ha de esparcir, como padre trasnochado y paternidad madrugadora, la cobra. Por ser lo uno y lo otro, recibe el pago estipulado. Ahora está a pique de ser lo de más allá. ¿Cómo? Gracias al arrobo de Doña María.

Doña María —que siempre fué, según ella misma nos dijo, mujer avanzada, por más que sus avances no consiguieran, por lo común, por lo normal, el menor éxito—, retrocede ahora, por lo político. Y es, ahora, también en lo político, de una ambigüedad inefable. ¿Qué le ocurre a la senecta descendiente de la amazona Melanipia? No está, claro está, con los que dicen «Arriba España» y la echan abajo. Pero tampoco se siente compatriota de los españoles. La enjuta intelectual, que siempre anduvo entre Scila y Caribdis, ahora, lejos de su tierra nativa, se dedica a hacer gargarismos, entre dos aguas. Y es de temer que se zambulla como de uso, en las mayores o más procelosas. Por lo pronto, y según se susurra, empieza a sentirse enhechizada o subyugada por las frecuentaciones filosóficas del incierto profesor fascista, español vuelto del revés, que ha ido a conquistar América para su congénere Franco. ¡Infeliz pedagoga! Por ahí se empieza. De las frecuentaciones filosóficas puede pasarse, pluma en ristre, a pelo y a pluma, hacia otro género de frecuentaciones menos abstractas, aunque más incomprensibles que las puramente filosóficas. Precávase la integérrima forzada (la forzada a ser integérrima; pues, según se dice, jamás sufrió fuerza viril que la menoscabase). Vigílese. Esa colaboración nefanda, a despecho de la presunta hibidez de sus coautores, podría resultarles, por escarnio, fecunda. Y del fruto de semejante contubernio se diría con reticencia que era el parto de «los montes»...

nerse. Hasta las esperanzas puestas en el acuerdo de Nyon empiezan a marchitarse al reaparecer la piratería, coincidiendo justamente con la participación de Italia en la vigilancia del Mediterráneo. Sólo faltaba rehabilitar al arrinconado y cadavérico Comité de No Intervención, porque así lo ha pedido el «duce», para augurar un fin desastroso al último arranque franco-británico.

Tal vez, nos equivocamos y se ha exagerado el ruido hecho en torno de los peligros que amenazan la situación en el Mediterráneo de la República francesa y el Reino Unido. Pero, siendo así, ¿por qué los gobiernos de París y Londres andan tan preocupados por el número de italianos que toman parte en la guerra española y han negociado tantas veces con Roma, siempre con resultado negativo, su apartamiento de la tragedia espantosa que se desarrolla en nuestro suelo? No será por un tardío y caballeresco respeto al compromiso de «no intervención».

¡Bah! Que una España fascista, forjada por Hitler y Mussolini, signifique para Francia verse cercada por todos sus fronteras, es cosa que ni cabe discutir. Que el Mediterráneo ha de ser convertido en un lago italiano, es una afirmación del autócrata de Roma, repetida por éste con singular complacencia. Y que Italia y Alemania no hacen la guerra a nuestra República por puro romanticismo, lo han comprendido hasta los tontos.

Si los Gobiernos de Chamberlain y Chautemps encuentran el modo de convencer a Mussolini, en las próximas negociaciones de Londres, de que debe retirar sus tropas de España, el primero en felicitarse del éxito logrado será el Gobierno republicano español, que pudiendo haber provocado un conflicto internacional, no lo ha hecho, porque no lo ha deseado jamás. Pero Mussolini no abandonará la aventura de España,

en la que ha comprometido todo su prestigio. ¿Qué sucederá entonces? ¿Veremos de nuevo retroceder a Inglaterra y Francia? ¿Habrá disminuido la tensión que tanto asusta a Mr. Eden? ¿Quién sabe!

Lo único cierto es que la guerra avanza, como único desenlace posible del desorden actual. No tiene remedio. Y por esto se están armando hasta los dientes —demostrando así claramente cuáles son sus verdaderas inquietudes— todas las naciones fuertes que no se resignan ni a ser fascistas ni a ver mermado su poder por Estados rivales que lo fian todo a la audacia y a la despreocupación, sin importarle inundar de sangre los dominios ajenos y los propios. («La Vanguardia» — 15-X-37.)

## Un piloto nazi apresado por nuestras fuerzas relata los horrores de Santander invadido

GIJÓN. Ha sido detenido en una playa cerca de Ribadesella el tripulante del trimotor derribado días atrás en Torre. Tiene veintidós años. Ha dicho que la situación material en la zona facciosa no es tan confortable como se cree. Los que tienen dinero pueden darse buena vida, pero los que no, están sujetos a muchas privaciones.

Los partidarios de Franco no pueden ocultar su disgusto por la prolongación de la campaña.

Causa desagradable impresión el vacío hecho a su alrededor por los españoles en las ciudades que ha recorrido. Dice que le han pintado a los mineros asturianos como energúmenos y asesinos y tienen mucho miedo a los soldados que entran en fuego.

Habló también de los horrores que pudo presenciar en Santander,



## Los alemanes tendrán un barco mercante cerca de las costas levantinas...

**Para que avitualle a sus buques de guerra y para que informe a los submarinos**

PARIS, 15 (10 m.). — Comunican de Hamburgo que el vapor «August Schultze», de las Messageries d'Oldenburg Portugal, ha sido cedido a la Marina de guerra alemana como barco de abastecimiento.

La tripulación de que acaba de ser provisto este barco comprende técnicos del servicio de transmisiones y especialistas en submarinos y torpedos.

Se ha dispuesto que este barco esté cerca de la costa española, con objeto de utilizarlo no sólo para el avituallamiento de los barcos de guerra alemanes, sino para transmitir informes a los submarinos. (Argos.)

## La libertad, y no el fascismo, es lo que triunfará en Europa

El Comité Central del Partido Comunista de Alemania e Italia, nos remite la siguiente información con respecto a la visita de Mussolini a Berlín.

«Lo primero que hicieron Hitler y Mussolini fué declarar en público su intervención en España y dar cuenta de los refuerzos que allí envían de hombres y material.

Esta declaración de los dos dictadores revela su decidido propósito de entrar en guerra con las democracias occidentales y con la gran República Socialista Soviética. Mussolini dijo que Europa sería fascista y que para conseguir este fin, apelaría incluso a las armas. Por tanto, la lucha se extenderá a toda Europa y luego al mundo entero. Pero los pueblos italiano y alemán quieren la paz.

Cuanto más grande sea la miseria en los países totalitarios, tanto mayores serán las provocaciones en el exterior para que las masas no puedan prestar atención a su propia ruina; pero éstas van abriendo los ojos.

Si estos dos pueblos pudieran expresar libremente su opinión, la mayoría de los votos sería en favor de la paz.

Los aventureros fascistas declaran la guerra a todo el mundo. Quieren la guerra contra la U. R. S. S., contra Francia, contra Inglaterra, contra Checoslovaquia; en resumen, contra todos los países antifascistas.

Pero estos charlatanes aventureros, que quieren hundir a los pueblos alemán e italiano, y asolar al mundo entero con una nueva guerra, se derrumbarán como vigas podridas si se unen las masas que luchan por la paz del pueblo alemán y del italiano y los amantes de la libertad del mundo entero.

Ante el ejemplo de las Brigadas internacionales en España, explican los dirigentes de los partidos:

Si Hitler y Mussolini se atrevieran a comenzar una guerra en Europa, con ejércitos regulares, surgirían miles y miles de almas en el ejército popular de Alemania e Italia que lucharían contra los opresores de su país.

El que se unan los regímenes que están destinados a la bancarrota, ni significa, ni mucho menos, que se fortalezcan más. Los batallones «Garibaldi», «Thaelmann» y «Andrée», con los soldados del pueblo español, demostraron en Guadalajara cómo podían destruir los ejércitos fascistas.

La verdadera voluntad del pueblo se demostró en el abrazo fraternal de los voluntarios de la libertad y los forzados guerreros del ejército fascista.

Hitler y Mussolini no fortalecen a Italia y Alemania, sino que la aislan cada vez más del resto del mundo, y arrastran precipitadamente sus pueblos hacia la catástrofe.

El gran interés nacional del pueblo italoalemano es la paz. Una guerra significaría para estos pueblos la desgracia más grande; por ello deben combatir al eje Berlín-Roma.

La referencia termina con el siguiente llamamiento: Pueblo alemán: ¡Únete! Pueblo italiano: ¡Únete!

Pueblos de Alemania e Italia: ¡Luchad contra la criminal política guerra del fascismo! ¡Ni un hombre, ni un céntimo para Franco! ¡Retirad las tropas y los barcos de España! Pueblos de Alemania e Italia: ¡Luchad por todos los medios en pro de la paz y de la libertad contra la barbarie fascista, por la República democrática de Alemania e Italia!

(«Deutsche Volkszeitung», 19-X-937.)

“L'Osservatore Romano”, oportunista

## Resulta que Roosevelt y Chamberlain han hablado lo mismo que el Papa

CIUDAD DEL VATICANO, 14. — «L'Osservatore Romano» se muestra satisfecho de los discursos de Roosevelt y Chamberlain, abogando por la paz y rechazando la fuerza militar para resolver los conflictos.

El periódico termina resumiendo unas frases del Papa contra la guerra, y afirma que existe un gran número de concordancias entre la Enciclopedia papal contra la guerra y los citados discursos. —Fabra.

## Hombres y cosas

# LA CIVILIZACION

Durante las últimas semanas, en Chicago, Roma, Lyon, Ginebra y París, el señor Roosevelt, Presidente de los Estados Unidos de América; el Papa, Jefe espiritual de todos los católicos del mundo; el señor Herriot, ex presidente del Consejo de Francia y hoy presidente del Congreso de los Diputados; el señor Chautemps, jefe del Gobierno, y el señor Delbos, ministro de Negocios extranjeros, han hablado uno tras otro sobre la civilización, en términos excelentes.

Han recordado con justicia que tanto para los países como para los individuos que gozan de sus beneficios, la prudencia no consiste sólo en unirse para defenderla contra el despertar de la barbarie bajo nuevas formas, sino inspirarse en ella: los Gobiernos, en su política y sus actos, los particulares, en su conducta diaria.

Casi al mismo tiempo, pero con menos serenidad, Hitler, encarnación de la Alemania enamorada como nunca de la fuerza, y Mussolini, que lleva la voz de la Italia conquistadora y vibrante, han entonado también cantos guerreros en honor de la civilización.

Como estos ilustres oradores, tan diferentes los unos de los otros, no tienen ni el mismo concepto de la vida pública e internacional, ni las mismas doctrinas, ni las mismas preferencias en cuanto a los métodos y medios para hacerlas prevalecer, tenemos el derecho de preguntar si, para unos y otros, la palabra «civilización» tiene idéntico sentido.

En esta sucesión de reflexiones llegamos a experimentar la necesidad de definirnosla de una forma justa.

¿Qué es, pues, la civilización?

Para determinadas personas, evidentemente un poco simplistas y más preocupadas de sus conveniencias que de la vida intelectual y moral, no es más que lo que se llama el confort moderno. A sus ojos, el pueblo más civilizado es aquel que tiene mejores cuartos de baño, mejores instalaciones eléctricas, el sistema más rápido de comunicación telefónica, los ascensores de marcha más acelerada, las máquinas más ingeniosas para cortar jamón en lonchas muy finas, los aparatos que mejor y más pronto limpian el calzado y las máquinas que cortan las patatas en trozos largos y delgados. Podríamos casi indefinidamente multiplicar los ejemplos de esta clase. Una idea tan material de la civilización no revela ciertamente un alma que haya recibido de aquella una gran impresión ni experimentado mucho su dichosa influencia.

Pero, sin discrepar mucho de estos ingenuos admiradores de un progreso un poco especial y verdaderamente muy limitado, existen aquellos para quienes la civilización es, ante todo, el cinematógrafo, las charlas de la T. S. H., las imágenes a domicilio de la Televisión, el uso de trenes rápidos y las autovías, que hacen ciento cincuenta kilómetros por hora; los aviones, que pasean a sus pasajeros lo más alto posible a una velocidad de 400 kilómetros en 60 minutos... o las bombas con que van cargados, los submarinos y su abominable poder destructivo, los pérfidos lanzamientos de gases mortíferos y los bacilos propagadores de epidemias devastadoras, etc.

Evidentemente, aunque se haya hecho de todos estos descubrimientos —desde luego prodigiosos—, un empleo perjudicial y trágico, es ya una idea más

alta de lo que el genio humano podría aportar a la civilización si por una especie de destino diabólico la humanidad no comenzase por hacer el peor uso de las maravillas con que se la ha enriquecido.

Si se aprovecha de ellas, no para crear, mejorar su destino y poner nuevos medios al servicio del trabajo y de la vida fecunda, sino ante todo y casi siempre, para destruir, es porque determinados pueblos y muchas personas no tienen una idea justa de la civilización y no se han beneficiado con sus enseñanzas. Para unos y otros aquella es, sencillamente, una serie ininterrompida de progresos mecánicos, el aumento de la potencia material. A causa de este error tienen de buena fe el orgullo de creer que, habiendo visto sucederse durante treinta años tan sorprendentes descubrimientos, nos hallamos en una de las más magníficas etapas de la civilización, cuando por el contrario, en muchos puntos, estamos en un lamentable retroceso.

Estos optimistas tendrían derecho a pensar de este modo si se limitaran a considerar el progreso y las beneficiosas audacias de la cirugía, las investigaciones y la nueva orientación de la medicina, las fecundas teorías de los físicos, los descubrimientos de la biología, los triunfos de los químicos y las nuevas comprobaciones de las ciencias experimentales. Pero como éstos son progresos menos perceptibles para la muchedumbre de todos los países, no los conocen sino muy confusamente.

Así, los organizadores del Palacio del Descubrimiento en la Exposición Universal han estado bien inspirados al procurar mostrarlos al público en toda su riqueza y explicárselos. Sin embargo, no es en emociones de esta clase, demasiado inaccesibles para la mayoría de la gente, en lo que se basa la idea de civilización. Los cañones de largo alcance, los tanques-orugas, los trenes bólicos y los vertiginosos descensos en paracaídas, dominan aún los espíritus poco familiarizados con los inventos menos fáciles de comprender.

Aunque estimasen en su justo valor todos estos indiscutibles beneficios, ello no sería suficiente para dar a algunos seres irreflexivos y superficiales de hoy, una menos reducida idea de la civilización.

¿Qué es ésta, pues? Ante todo, un conjunto de riquezas morales que tardaron mucho en imponerse, en tomar arraigo en la conciencia de los hombres. Nacidas de la experiencia, de las religiones y las filosofías propagadas por las predicaciones, la enseñanza y el ejemplo, están siempre expuestas a ser denegadas y violadas. Así han pasado por muchas vicisitudes. Sin embargo, subsisten en el alma de los hombres y acaban siempre por reaparecer imperiosamente.

La civilización es, ante todo, el respeto a la vida humana que tanto cuesta defender primero contra las enfermedades de la infancia, después contra todas las acechanzas, accidentes y calamidades de la existencia. La vida humana debería ser sagrada por lo que representa de amor, de tiernos cuidados, de es-

peranzas y de lucha. Y, ¡con cuánta despreocupación la sacrificamos! ¡Con qué indiferencia la derrochamos! En este sentido, sobre todo después de la hecatombe de la Gran Guerra, a causa de la sumisión moral que la costumbre de la violencia, de la sangre y de la muerte ha provocado, existe un retroceso muy alarmante. Se mata por un desacuerdo familiar, por una riña de novios. Se mata por un conflicto de intereses, por un altercado entre vecinos, por una divergencia de opiniones políticas. Enseñar a los estudiantes el respeto a la vida humana, sería una bella misión de los maestros. ¡Y al observarlo, qué bien servirían y defenderían, con el apoyo de todo el mundo, la causa de la civilización!

La civilización es también para nosotros los franceses, el constante respeto a la dignidad humana. No hay que zaherirla nunca, por muy modesto que sea en la sociedad el rango de aquellos con quienes estamos en relación. No se puede tener derecho a ofender, humillar o enlutar a los hombres, sean quienes sean, que dependan de nosotros, trabajen bajo nuestra vigilancia y esperen de nuestras manos el pan cotidiano para ellos y sus familias.

Según una noble y antigua tradición francesa, la civilización es el respeto a la libertad humana, el respeto a las creencias de los demás, que, para ellos, representan una fuerza y son, a menudo, un consuelo para los dolores morales o para los sufrimientos físicos; es el respeto a sus opiniones, que tanto cuesta formar en largas y sinceras meditaciones y conservar contra los impulsos enojosos, los modos y los caprichos momentáneos.

La civilización es tolerancia. Todo el que maltrata a otro que no piensa como él o lleva una insignia diferente a la suya, todo el que por la violencia impide trabajar a un semejante que tiene el deseo o la necesidad de hacerlo, no procede como hombre civilizado. En este punto también se advierte cierto retroceso. Hay que emprender la labor de reeducación. ¡Qué admirable misión para aquellos que tienen el deber de ayudar a los niños a que se hagan hombres!

La civilización es también serie de tesoros acumulados: la ciencia, la filosofía, las letras y el arte, y el culto que se hace por ellos es el estudio, el conocimiento y, cada día, en el momento, la práctica de las ideas morales y de las virtudes humanas y cívicas que los grandes escritores de la antigüedad griega y romana, que los maestros de la literatura francesa de otro tiempo, de ayer y hoy nos enseñan; es el ejercicio del sano y recto juicio que las lecciones nos han permitido adquirir y la aplicación de los buenos métodos intelectuales, a las gracias a ellos, hemos podido acostumbrarnos.

Por último, la civilización es el amor al prójimo, la caridad, la ayuda social, la indulgencia serena.

Si todos los pueblos y todos los gobiernos, o todos los dirigentes que, bajo diversos nombres, les imponen automáticamente su voluntad, dieran el mismo sentido a la palabra «civilización», que algunos de los ilustres oradores pronuncian con tanto énfasis, ¡qué porvenir de quietud, de noble y fecunda labor pacífica tendría ante sí la humanidad! ¡Ay!...

GEORGES LECOMTE

(«La Dépêche», 13-X-937.)

**Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este BOLETIN**